

na, contribuyeron mutuamente al desarrollo de las ciencias y las artes, conociendo por el instinto de dominacion ambos pueblos, musulman y español, las grandes consecuencias que produce el influjo moral de los adelantos científicos en el éxito de una gran lucha de dominio entre dos razas opuestas, y separadas además por la diferencia de religion. Digna es de grande estima la biblioteca arábica de nuestra Península, y no lo es menos la rabinica; mas no se crea por esto que nuestros abuelos debieron *esclusivamente* la ilustracion que les distinguió á la enseñanza de sus enemigos; y decimos enemigos y no conquistadores, porque jamás llegaron á dominar en la estensa cordillera cantábrica, que siempre fué de los cristianos, y en ella existió independiente la nacion española.

No desamparó España los estudios, á pesar de la invasion de los árabes, ni perdió, como dice Masdeu, el concepto de su antigua sabiduria. La pátria de Séneca, de Columela, de Marcial, de Lucano, de Quintiliano, de Pomponio Mela, Silio Itálico y otros insignes varones de la antigüedad; la nacion que tuvo la honra de contar en el número de sus hijos hombres tan ilustres, que merecieron el aprecio y la cordial amistad de Tito Livio, de Ovidio, de San Agustin, de San Gerónimo y de San Gregorio Magno; el pueblo que ha visto salir de su seno un Rioja, un Cervantes y un Velazquez, un Fray Luis de Granada, un Fray Luis de Leon y una mujer tan distinguida como Teresa de Jesus; esa pátria, esa nacion y ese pueblo nunca podrian necesitar para ilustrarse del influjo de los mahometanos, gente soez y opuesta á la civilizacion por su dogma y por sus hábitos y carácter, siquiera entre aquellos bárbaros se hallasen algunos árabes muy estudiosos.

Cinco son las escuelas que durante la edad media existie-

ron en nuestra pátria, y que no deben ser confundidas, sino antes bien cada una de ellas en particuar estudiada. Estas escuelas, muy notables por cierto, son: la *Isidoriana* de la restauracion, que tenia su asiento á la sombra de varios monasterios en los estribos y descendencias del Pirineo por toda la zona septentrional, desde el cabo de Creus en Cataluña, hasta el de Finisterre en Galicia; la *Mahometana*, que dominaba en el siglo X la zona central y la meridional de la Península de Este á Oeste; la *Muzárabe*, creada y sostenida por la poblacion hispano-romano-visigoda, que formaban las dos razas unidas, latina y teutónica, en las provincias sojuzgadas por los musulmanes; la *Mudejar* (1), que llegó á existir cuando ni aun rastro habia ya de la Muzárabe, y la componian los moros vasallos de los reyes de Castilla, señores ya en el siglo XIII de gran parte de Andalucía; y por último, la *Rabinica*, errante y diseminada en diversas poblaciones, pero que se consagró con éxito al estudio de varias ciencias.

Entre los ingleses, franceses é italianos que visitaron nuestra pátria en los siglos IX y X, hubo muchos que estendieron con su saber la fama del pueblo español, que se le habia suministrado, entre los cuales merece particular mencion el famoso Gerberto, monge francés, que á fines del siglo X llegó á ocupar el sόlio pontificio con el nombre de Silvestre II. Habiendo recorrido este célebre religioso las primeras escuelas del extranjero sin lograr el éxito que se proponia, vino á España y adquirió en Cataluña la ciencia que le dió tanto renom-

(1) «Los señores Assas, Amador de los Rios y Madrazo, han dado á luz estimables trabajos sobre la escuela Mudejar, tan lucida en el siglo XIV, separándola con acierto de la Muzárabe, pues ni aun coetáneas fueron.»

bre. Fueron cristianos todos sus maestros, y no árabes, por mas que así lo hayan consignado algunos escritores parciales, suponiendo hechos que no espresan los autores mas antiguos y fidedignos, con la siniestra mira de mancillar por varios conceptos la reputacion de aquel Pontífice justificado y erudito. Los extranjeros que no podian venir á España, procuraban instruirse con obras compuestas en los monasterios de nuestra Península, y para ilustrar la Italia y difundir en el Oriente la ciencia española, pedia obras con frecuencia el Papa Gerberto á los Obispos Aiton, Bonfilio y Lupito, que ceñian las mitras de Ausona (Vich), Gerona y Barcelona. Por lo comun pertenecian los Obispos de Cataluña á las casas mas ilustres, y los poseedores de estas atendian con largueza al esplendor del culto, engrandeciendo el territorio de sus condados con nuevas iglesias, y aumentando en el tesoro de las mismas el número de los libros eclesiásticos.

Siglo de vasta y profunda sabiduría fué en España el X, y sin embargo, ha sido hasta hoy considerado como representacion y tipo de una época de barbárie: idea falsa que borra uno de nuestros mas gloriosos timbres, y marchita y huella la hermosa palma que dieron á España en aquel tiempo los hombres científicos de toda Europa. Grato y consolador debe ser para los españoles el recuerdo de un tiempo en que, sumergidas otras naciones en las mas densas tinieblas, aparece España descollando por su sabiduría sobre todas ellas.

Amenazaba por la cumbre del Pirineo la ignorancia, que enseñoreándose de Europa, solamente le faltaba invadir la cordillera septentrional de la península Ibérica para completar su triunfo, y por el Mediodía las huestes sarracenas amenazaban tambien al pueblo español. No desfalleció nuestra nacion,

nó; antes bien, levantando su frente serena y altiva en medio de tanto infortunio, al mismo tiempo que guerreaba con ardorosa constancia para recobrar la corona de Recaredo, que rodó por el suelo en una triste jornada, empuñó con su diestra la antorcha de la civilizacion encendida al pié de la cruz por el esclarecido emperador Carlo-Magno, y viva y refulgente la conservó libre de los torbellinos que debian apagar su luz.»

De tal manera se espresa el señor Eguren al hablar del estado de nuestra literatura nacional en los primeros dias de la época que ligeramente vamos á historiar, y con preferencia á otros escritos que confirman lo mucho que debió á los monges y eclesiásticos españoles de este período la culta Europa, hemos trasladado íntegros los bellísimos y eruditos pasajes que de su memoria sobre los códices eclesiásticos de nuestra pátria acabamos de transcribir, aprovechando esta ocasion para rendir á su talento un justísimo tributo de admiracion.

Nombres ilustres pudiéramos aglomerar en este sitio, si escribiésemos la historia de la literatura pátria: las lecciones de la desgracia, dice el mismo eseritor, no fueron despreciadas por nuestros monges; y conociendo estos que la nacionalidad y las creencias que la vivificaban, podian sucumbir en su pátria, comprendieron que los estudios eran los únicos elementos que habian de conjurar el peligro, y cada monasterio de los estados cristianos fué un semillero de hombres observantes y estudiosos.

Entre esos esclarecidos varones se cuentan oradores dignos de especial mencion, nacidos en nuestro suelo: Juan de Sevilla, Eulogio de Córdoba, Sampiro de Astorga, Pedro Froilan y Martin de Leon, Pelagio de Oviedo y Bernardo de

Toledo; libres casi todos ellos de la corrupcion que de nuevo se dejó sentir á mediados del siglo XI, época en la cual España, que como hemos dicho, habia sostenido y comunicado á las demás naciones los adelantos científicos, llevándolos hasta los pueblos orientales, decayó rápidamente cuando la Francia, saliendo del abatimiento en que por espacio de dos centurias habia yacido, empezó á utilizar los fecundos gérmenes de cultura que, por medio del aumento prodigioso de los manuscritos, habia estendido en su suelo y con altas miras, el emperador Carlo-Magno, consagrando el mayor empeño á sacar al pueblo de su indolencia por medio de la predicacion.

El mas ilustre de todos los que hemos citado fué SAN EULOGIO, célebre doctor de la escuela cordobesa, y una de las glorias mas legítimas de nuestra pátria. A pesar de los trabajos y persecuciones que interrumpian frecuentemente sus tareas literarias y piadosos ejercicios, en algunas comarcas, ya ocupadas por los árabes, ya libres de su yugo, no solo recogió, coordinó y trasladó á las iglesias que ofrecian por su situacion mayor seguridad, ó donde mas necesarios eran para el estudio de los cristianos, los fragmentos de *códices* que pudo hallar su laudable celo é invencible constancia (1), sino que evangelizando á los pueblos atrajo con sus discursos al seno de la Iglesia millares de ovejas perdidas para el aprisco amoroso del divino Pastor.

(1) Créese, no sin fundamento, que varios tratados del *códice* Ovetense, joya inestimable de la régia biblioteca del Escorial, pertenecen al número de los manuscritos que logró salvar San Eulogio. La escuela cristiana de Córdoba ha sido objeto en nuestros dias de la atencion y estudio del sacerdote francés J. C. Ernesto Bourret, que publicó en París el año 1855 una notabilísima memoria, cuyo título es: *De schola Cordubæ christiana, sub gentis omniaditarum imperio.*

El clero regular, dice Bourret, no hizo solamente una obra de religiosa conviccion, sino tambien de patriotismo, cuando protestó con el sufrimiento de las persecuciones el fuerte ascendiente de la civilizacion árabe sobre la poblacion cristiana de la Bética. A imitacion de los monarcas guerreros de Asturias y Leon, tuvo tambien la escuela de Córdoba su cruzada, en la que sirvió de campo de batalla el cadalso, y en la que la sangre de los mártires no regó en vano el suelo de la pátria. Los confesores de la fé cristiana facilitaron el camino á los soldados de Cristo, y San Fernando, el Conquistador de Sevilla, tuvo por precursor á San Eulogio.

«A pesar de las terribles persecuciones y continuos vejámenes que sufrieron las iglesias de la Bética, no decayó la constancia en el estudio ni el celo religioso de los vigilantes maestros que guiaban por los caminos del Señor aquel pueblo, que sin apartarse del sepulcro de sus abuelos, lloraba la pérdida de su pátria y regaba con lágrimas de tribulacion un suelo delicioso y regalado para sus altivos opresores. Obras de grande importancia dieron á luz aquellas iglesias atribuladas, cuando los musulmanes iban preparando su estincion. Los comentarios de los sagrados libros de la Biblia, escritos en árabe por el virtuoso metropolitano de Sevilla, JUAN, que floreció en el siglo X, y la voluminosa coleccion canónica de España, traducida al idioma de los árabes á mediados del siglo XI, por un presbítero llamado VICENTE, y que tal vez no hizo él solo esta version, en la que sirvieron de originales las colecciones latinas formadas por los monges Vigilio, Velasco y otros compiladores concienzudos de la escuela cristiana independiente, son dos grandiosos monumentos consagrados al mayor lustre de la ciencia cristiana por las iglesias muzárabes

de la Bética. Trasmittanse en ellas notables *códices* de las manos de un Prelado á las de otro para atender á la conservación de aquellos manuscritos, viéndose aun en el archivo de la catedral de Toledo una preciosa Biblia latina que perteneció á Servando, Obispo de Eeija; despues fué propiedad del Prelado Juan, que ceñia la mitra de Córdoba, y á fines del siglo X la llevaron á la iglesia de Sevilla.»

A últimos del siglo XII, los españoles volvieron á respirar nuevamente, y se consagraron con mayor empeño al estudio de las bellas letras. Santo Domingo de Guzman, San Antonio de Pádua y San Ramon de Peñafort, son tres antorchas para cuya luz fué pequeño ámbito la península Ibérica. Su espíritu, su piedad, su celo, su doctrina y su palabra, se extendieron á las naciones mas distantes.

Detenernos en cada uno de estos insignes varones, analizando los restos mas ó menos completos que nos quedan de su elocuencia, fuera fatigar demasiado al lector, pues al emitir nuestro juicio sobre las condiciones de la oratoria en la época que nos ocupa, y aun mas, en el capítulo próximo la dejaremos juzgada.

En las *Homilias, Sermones y Discursos morales* de estos predicadores, y de los que les siguen hasta San Vicente Ferrer en el siglo XV, se oye mas bien la voz de una sencilla piedad que la de una culta elocuencia, no pudiendo en efecto presentarlos á la juventud como acabados modelos en cuanto á la forma, si bien omitir sus grandes servicios en defensa de la verdad, fuera ingratitud impropia de quien, al recordar las glorias de su patria, siente latir entusiasmado con fuerza su corazón.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, hijo de Calahorra y Canónigo

regular de la catedral de Osma, en presencia de los males que afligian la Iglesia concibió el grandioso proyecto del orden de *Predicadores*, milicia activa destinada á luchar con los propagadores de la heregía por medio de la palabra, y para la cual no eran necesarios mas bienes que una casa, una iglesia y un cementerio.

La orden se extendió prodigiosamente, y á Santo Domingo se unieron Renoldo de San Egidio, Rolando de Cremona, Moneta, Vicente de Beauvais, Hugo de Saint-Cher, Enrique de Susa y otros; mientras á Francisco seguian Fr. Pacifico, los Beatos Egidio, Bernardo, Juan de Carmona y el taumaturgo *San Antonio de Pádua*, verdadero asombro de actividad, de celo, de amor y de caridad, palabra entusiasta y fervorosa, y azote de la heregía, palabra que no atormenta y embriaga los corazones; palabra llena de dulzura que infunde la bienaventurada esperanza á las almas que padecen; palabra, en fin, refrigerante para las almas sedientas (1).

SAN ANTONIO DE PADUA refiere casi siempre su doctrina á un hecho, á una parábola de la santa Escritura, y deteniéndose en los símiles entusiasma al pueblo, á cuyo corazón, como dice un escritor contemporáneo, solo con imágenes se llega. Desgraciado aquel, decia el santo, cuya predicacion resplandece de gloria mientras lleva la vergüenza en sus acciones (2); y ofreciéndose como dechado perfecto, admiraba mas con su ejemplo que acaso con su palabra milagrosa.

De sentir es, dice César Cantú, que no hayan llegado hasta nosotros mayores fragmentos de la predicacion de estos oradores, que con un fervor hoy poco frecuente se dedicaban

(1) *Sermones del santo*. París, año 1641.

(2) *Vida del santo*, escrita por el Abate Acevedo. La mas completa.

á difundir la paz y á dejar caer sobre la multitud la fecunda lluvia de la gracia, con discursos cuya única retórica era la caridad, y en lo que nada habia que no sirviese para la edificación. Cierta es que han llegado hasta nosotros algunos sermones morales y dogmáticos, pero son por regla general restos descarnados de aridez escolástica, á los cuales falta entre detalles perdidos la palabra ardiente, animada y fervorosa de los oradores que los pronunciaron.

Por este tiempo se comenzó á cultivar en España el estudio de las lenguas orientales, dando motivo á esto la necesidad de mantener continuas disputas con los moros y judíos durante los siglos XIV y parte del XV, distinguiéndose en estos ejercicios los PP. Dominicos, como lo comprueba el famoso concilio de Tortosa, que dió márgen á 69 sesiones, y en el que abjuraron sus errores 14 rabinos.

Raimundo Martini se señaló en esta época como célebre orientalista (1): Arnaldo Pons, del orden de la Merced, doctor en teología y autor de varias obras (2): San Pedro Pascual, Obispo de Jaen, Prelado insigne, cuyos escritos se conservan y revelan su celo y la eficacia de su palabra, muy elogiada en Valencia, Toledo, Baeza, Jerez y otras provincias, con mas otros muchos Obispos, á quienes cita el Dr. D. Pedro Antonio Sanchez (3), y fueron Raimundo de Ponte, dominicano, Arzobispo de Valencia; Nicolao Rosél, Cardenal y Obispo de Mallorca; Guido de Perpiñan, general de los Carmelitas, Inquisidor general y Obispo de Elna, á quien Teófilo (4) apellida «hom-

(1) Véase á Felipe Mausac, de *Pugione fidei*.

(2) Sobre meditacion y modos de orar. Alfonso Ramon, *Hist. Mercer*, y Zumel de *Præfectis ordinis sui generalib.*

(3) *Discurso* sobre la Elocuencia sagrada en España.

(4) Tomo XV, ad ann. 1337.

bre de esclarecido juicio, sabiduria y *elocuencia* singular; » Pedro Tenorio, portugués, Arzobispo de Toledo; varones todos inmortales por su *ciencia* y el pasto espiritual que en notables ocasiones dieron á sus hijos.

Felipe Rivot, carmelita y natural de Gerona, fué, segun Tritemio (1), varon de mucha doctrina, piedad y celo: escribió varias obras y un tomo de sermones, calificados de doctos y elegantes por Heisengrein; Francisco de Baeou, religioso de la misma orden y autor de un *Repertorium prædicatorum*, en el cual compiló todo lo que halló en los PP. mas á propósito para el púlpito, dejó asimismo gran número de sermones; Tritemio hace de él el siguiente elogio: «Litteratura nobilissimus, philosophus, orator, adque poeta celebris, theologus quoque, sacrarum legum exercitatissimus (2).» Francisco Jimenet, religioso minorita y Patriarca de Alejandria, alabado por Carbonell (3); Juan Ballester, carmelita; Juan de Aragon, y por último, el Inquisidor Eimerico, dejaron tambien sermones, y pasan con justicia por los mas célebres predicadores del siglo XIII y XIV, aun cuando sus composiciones oratorias se resientan de los defectos que antes en otros hemos censurado.

En medio de la corrupcion que dominó á principios del siglo XV, no solo en España sino en las demás naciones, hubo en nuestra patria algunos oradores sagrados que, menospreciando las preocupaciones de sus contemporáneos, predicaron con juicio y solidez: Lupo de Olmedo, reformador y primer general de los Gerónimos, merece contarse en el número de

(1) *De Scrip. Eccl.*

(2) Obra citada.

(3) *Cronic de Esp.*, cap. 2.

los mejores predicadores del siglo XV. Heisengrein le llaman doctísimo, filósofo insigne, teólogo á ninguno inferior y de elocuencia muy grande (1); dejó varios volúmenes de *Homilias*, exhortaciones y sentencias, escritas con singular energía, solidez y gravedad muy distante de las ridiculeces de su siglo; D. Nicolás Antonio (2) ensalza como orador sagrado al V. Fr. Alonso de Espina, franciscano, y dice que predicó mucho en medio de la corte corrompida de D. Juan II; por último, San Vicente Ferrer, llamado el Apóstol de los judíos, que recorrió casi toda España, Francia, Inglaterra, Irlanda y Escocia, evangelizando á los pueblos, se nos ofrece como una nueva maravilla digna de elogio y gloria de nuestra patria. Sus virtudes, su fervor, su ardiente caridad le atrajeron el mayor respeto, y luego que salieron á luz sus primeras obras, fueron recibidas de todos con asombro. Apenas hubo nacion donde los escritos de San Vicente no fuesen traducidos y leídos con entusiasmo: en los seis libros de retórica eclesiástica (3) compiló las reglas que á él le sirvieron para obrar tantos prodigios en el orden de la naturaleza, aprovechando las lecciones de su maestro el P. Avila, Apóstol de Andalucía, y uno de los mas claros, metódicos, sólidos, juiciosos y patéticos ingenios de esta época, en la cual comenzaron ya á sentirse los albores del renacimiento, y el gran siglo para España de los místicos, oradores y preceptistas, de que en el siguiente libro nos ocuparemos con la posible estension.

De los sermones de San Vicente Ferrer nos parece

(1) *In cat. test. Verit.*

(2) *Bibliotheca Vetus*, tomo II, lib. X, cap. 9.

(3) De los cuales extractaremos algunos pasajes en la parte preceptiva.

conveniente recomendar tres ediciones: 1.^a La de Lyon, año 1530, en 8.^o 2.^a La de Venecia, año 1573, en 8.^o, recopilacion hecha por el dominico Damian Diaz. Y 3.^a la de Colonia, año 1575, hecha por Juan Guillermo Freiffem, en tres tomos en 8.^o D. Nicolás Antonio elogia mucho los sermones de San Vicente, citando en comprobacion varios pasajes de Rauzano (1).

(1) Véase la *Bibliotheca Hisp. Vetus*. antes citada, lib. X, cap. 2.^o